

Resuelva los conflictos cotidianos

KEN SANDE

y Kevin Johnson



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Resolving Everyday Conflict* © 2011 por Peacemaker Ministries y publicado por Baker Books, una división de Baker Publishing Group, P.O. Box 6287, Grand Rapids, Michigan 49516-6287. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Resuelva los conflictos cotidianos* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1929-4 (rústica)
ISBN 978-0-8254-0599-0 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8503-9 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

- Introducción 5
1. La naturaleza del conflicto: *Qué es y de dónde viene* 9
 2. La esperanza del evangelio: *El poder transformador que puede sanar sus relaciones* 23
 3. Escape, ataque o paz: *Una respuesta bíblica al conflicto* 36
 4. P1: Glorificar a Dios. *Tomemos en cuenta a Dios en cada situación* 47
 5. P2: Sacar la viga de nuestro propio ojo. *Admitamos nuestra responsabilidad en el conflicto* 61
 6. P3: Restaurar a nuestro hermano con una actitud humilde. *Ayudemos a otros a admitir su responsabilidad en un conflicto* 76
 7. P4: Reconciliarnos. *Perdonemos y lleguemos a una solución razonable* 92
 8. Vencer el mal con el bien: *Sigamos insistiendo con amor intencional* 107
 9. Apéndice: Preguntas para la reflexión y el debate 119

INTRODUCCIÓN

¡Bienvenido! Puesto que adquirió este libro, es muy probable que esté experimentando algún tipo de conflicto en su vida. ¡Bienvenido al club!

El conflicto es una parte normal de la vida. Mientras viva rodeado de personas, encontrará que sus opiniones y acciones chocarán contra las de otros. A veces podrá darse media vuelta y seguir con su propia vida. Pero posiblemente haya descubierto que a veces alejarse no es la solución.

Muchas relaciones son demasiado importantes para alejarse de ellas. Algunos problemas son demasiado grandes para ceder ante su presión. Y algunas personas no lo dejarán en paz hasta que hayan conseguido lo que quieren. Si le añadimos a esta mezcla una complejidad de emociones intensas, el conflicto puede llegar a ser muy complicado y doloroso.

Pero no tiene que ser así. Si usted sigue leyendo este libro, descubrirá que el conflicto no tiene que ser doloroso o destructivo. Cuando usted aprende a resolver el conflicto a la manera de Dios, puede verlo como una oportunidad de estrechar y fortalecer las relaciones, encontrar soluciones justas para todos y —lo mejor de todo— complacer y honrar a Dios.

¿Complacer y honrar a Dios? Apuesto que no es lo primero que piensa cuando surge un conflicto. Bueno,

tampoco era lo primero que yo pensaba. Durante los primeros veinticinco años de mi vida, mi principal objetivo en el conflicto era complacer y honrar mi propio yo y conseguir lo que quería. No tenía en cuenta a Dios. Por consiguiente, cuando tenía un conflicto, o me salía con la mía o bien simplemente me alejaba de toda relación difícil.

Pero cuando trabajaba como ingeniero dentro del campo médico, Jesús vino a mi vida de una manera personal y poderosa. Él comenzó a transformar mi vida de tal modo que cambió por completo mis prioridades. Además, me dio una nueva comprensión y capacidad para tratar con personas difíciles. En consecuencia, llegué a ser un empleado más productivo y me promovieron. ¡Mis amigos me decían que era mucho más agradable tratar conmigo!

Dios siguió transformándome en un pacificador durante mis años de estudio en la facultad de derecho y mis comienzos como abogado. En cada conflicto —algunos de los cuales habían estado encallados en los tribunales durante años— Dios estaba trabajando a través de mí para llevar paz a situaciones aparentemente imposibles.

Descubrí que la pacificación era tan provechosa que, en 1982, me dediqué de lleno a ser un conciliador cristiano. Desde entonces he tenido el privilegio de ver cómo los principios pacificadores de Dios pueden usarse para detener divorcios, restaurar matrimonios, recuperar amistades, reconciliar iglesias, dirimir causas judiciales e incluso llevar paz a tribus enfrentadas de África y Asia. ¡En serio!

Si usted quiere aprender a poner en práctica estos principios en su vida, siga leyendo este libro. Si toma en serio estos conceptos, su matrimonio, sus

amistades y su trabajo nunca serán los mismos. En lugar de escapar del conflicto o ser aquel que siempre parece empeorar las cosas, puede llegar a ser alguien en el que otros encuentren comprensión, justicia y reconciliación.

Si considera que los principios de este libro son de ayuda y quiere ahondar más en los detalles específicos de la pacificación, lea mi libro *Pacificadores: Guía bíblica para la resolución de los conflictos personales*, que ha sido traducido a once idiomas y se está usando para enseñar a cristianos de todo el mundo a resolver sus conflictos. Para mayor información sobre los recursos, los testimonios, la capacitación o los servicios de *Peacemaker Ministries*, visite www.Peacemaker.net y busque la sección en español.

Que Dios lo transforme cada vez más en un pacificador y lo use para llevar paz a la vida de aquellos que le rodean.

Ken Sande

LA NATURALEZA DEL CONFLICTO

Qué es y de dónde viene

Viajo a menudo por trabajo, y comer en restaurantes puede llegar a ser agotador. Cuando finalmente vuelvo a casa, hay solo un lugar donde quiero comer: en la mesa de nuestra cocina. Pero mientras estoy de viaje, las manos de Corlette han estado atendiendo todo el tiempo a nuestra familia, de modo que cuando yo regreso, ¡ella quiere comer en cualquier lugar, menos en casa!

En los comienzos de nuestro matrimonio, nuestros deseos opuestos sobre dónde comer podían producir un conflicto ridículamente intenso. Cuando Corlette me iba a buscar al aeropuerto, yo abrazaba a los niños, le daba un beso en la mejilla y luego le preguntaba rápidamente:

—¿Qué hay de comer?

A veces ella respondía:

—Ken, ha sido un día complicado. No tuve tiempo de cocinar nada. ¿Podríamos comer fuera?

Demasiado a menudo me dejaba llevar por mi egoísmo. Respiraba hondo y respondía:

—Está bien, si realmente lo deseas. Pero quisiera que de vez en cuando pensaras en mí. Hace días que

estoy de viaje, solo, en la monotonía de las habitaciones de los hoteles, comiendo fuera tres veces al día. Lo único que quiero es comer una comida casera.

—¿Que yo piense en ti?! —Corlette podría responder—. Ni siquiera me preguntaste qué clase de día tuve. Los niños estuvieron insoportables. Tuve que llevar a mi mamá al médico. Y el perro vomitó encima de la alfombra. ¡Pero lo único que piensas es que quieres que te prepare una gran comida!

A veces uno de los dos se daba cuenta de que estábamos descendiendo por la loma resbaladiza y veía que era momento de cambiar el rumbo de la conversación. Otras veces, me avergüenza decirlo, estábamos yendo cuesta abajo antes de darnos cuenta de lo egoístas que estábamos siendo.

El conflicto interminable

¿No está cansado de todas las peleas? Desde nuestro hogar a nuestro vecindario, lugar de trabajo, escuela e iglesia, nos rodea el conflicto. Como abogado y mediador cristiano a tiempo completo, he visto de cerca miles de conflictos. He presenciado pugnas sobre divorcios y custodias, contiendas entre vecinos, acciones por lesiones personales, litigios por contratos y divisiones de iglesias. Como ex ingeniero y actual líder de ministerio, sé cuán rápido puede un lugar de trabajo contaminarse por los desacuerdos. Como esposo y padre, entiendo las frustraciones diarias que enfrentan las familias en el hogar.

Dado que vivo en el mismo mundo en el que usted vive, sé que es posible que usted también haya experimentado conflictos recientemente. Tal vez, en este momento esté experimentando la angustia de una relación irreconciliable.

Quiero ofrecerle otra manera de manejar el conflicto, que pueda usar el resto de su vida. Aunque el conflicto está presente en cada parte de la vida, he visto inundar de paz incluso las situaciones más irremediables. He visto a personas aprender a conciliar las diferencias más grandes, transformando la frustración en una oportunidad. Estas personas vencen la división y disfrutan de armonía. Su enojo da lugar al amor, la misericordia, el perdón, la fortaleza y la sabiduría. ¿Cómo suceden estos cambios asombrosos? Gracias a una clase especial de *pacificación*. Esta pacificación pone en práctica los principios de Dios y del evangelio para resolver los problemas de la vida diaria.

En la Biblia, Dios nos muestra una forma poderosa de responder al conflicto. Por naturaleza, enfrentamos el conflicto centrándonos en lo que nos hizo nuestro contendiente. Sin embargo, si tratamos de resolver el conflicto enfocándonos solo en lo que la otra persona hizo mal, nunca encontraremos una solución real.

La manera de Dios es comenzar con nuestro entendimiento del evangelio: todo lo que Jesucristo hizo por nosotros en la cruz. A lo largo del evangelio, Dios nos trata con inmerecida y extraordinaria bondad. Y su misericordiosa respuesta hacia nosotros nos da el poder de responder a otros de una manera totalmente nueva. Una vez que entendemos cómo las buenas nuevas de Jesucristo permiten una verdadera reconciliación, podemos comenzar a aprender y emplear los pasos prácticos de Dios para la pacificación. Estos pasos no son difíciles de aprender. Jesús y otras personas en la Biblia los han enseñado claramente. Dios explica por qué surge el conflicto y cómo deberíamos manejarlo.

Pacificación es poner en práctica los principios de Dios y el evangelio para resolver los problemas de la vida diaria.

La pacificación no le fluye naturalmente a nadie. Siempre va en contra de nuestros impulsos humanos normales. Pero cuanto más nos valemos del poder de Dios, y cuanto más estudiamos lo que Dios enseña y lo obedecemos, mejor podemos resolver los desacuerdos con otros.

¿Qué es el conflicto?

El conflicto surge cuando usted está en desacuerdo con otra persona sobre lo que usted piensa, quiere o hace. El conflicto puede abarcar desde pequeñas diferencias a grandes disputas, y puede redundar no solo en ofensas, sino también en daños a la propiedad.

El conflicto surge cuando usted está en desacuerdo con otra persona sobre lo que usted piensa, quiere o hace.

El conflicto comienza cuando usted no consigue lo que quiere. Los conflictos que usted experimenta no suceden porque sí. No aparecen de la nada. Si usted vive en el mundo occidental, es muy probable que sea bombardeado todo el día por mensajes que se refieren cien por ciento a nuestro yo. Toda la vida tiene que ver con lo que a mí me pasa. Mis ganas, mis antojos, mis deseos y mis necesidades son mucho más importantes que cualquier cosa que se precie de valor. Si usted es padre, sabe que sus hijos reciben este mensaje todo el día. Ellos escuchan: “Tengo derecho

a todo lo que quiero. Tengo derecho a que sea como yo quiero. Me lo merezco”. Si esta idea logra imponerse —la idea de que me merezco todo lo que quiero, cada vez que lo quiero— me voy a enojar cuando no lo consiga. Y si no estoy consiguiendo lo que quiero, podría comenzar a castigar a otros por ello. Es ahí donde comienza el conflicto. Peleo porque no estoy consiguiendo lo que quiero. Santiago 4:1-2 muestra la raíz del conflicto cuando nos dice: “¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan dentro de ustedes mismos? Desean algo y no lo consiguen. Matan y sienten envidia, y no pueden obtener lo que quieren. Riñen y se hacen la guerra”.

Los cristianos y el conflicto

Como cristianos no podemos librarnos del conflicto. Tal vez usted se haya hecho a la idea de que ser una buena persona le libraré de grandes enfrentamientos. Si se esfuerza en hacer el bien, entonces las personas no le faltarán al respeto ni le tratarán mal. O tal vez le hayan enseñado que si tiene enfrentamientos, acudir a Dios en busca de ayuda hará que todo se solucione fácilmente. La vida como cristiano no funciona de esa manera. No podemos librarnos fácilmente del conflicto, porque todos somos productos de nuestros propios deseos equivocados. Todos somos parte del problema, y el problema es parte de todos nosotros. Aunque intentemos evadirnos y escondernos en un cómodo y agradable capullo, el conflicto vendrá con nosotros.

El conflicto surge entre los cristianos porque nuestro yo pecador coopera gustosamente con los mensajes que dicen: “Puedo tener todo lo que quiero”.

No lucharemos en contra de ello porque nos gusta. Nuestra naturaleza pecadora nunca protesta ante el más mínimo incentivo externo a vivir para nosotros mismos. Pensamos: “Sí, toda la vida tiene que ver con lo que a mí me pasa. Puede que mis necesidades sean superiores. Tal vez debería obtener lo que quiero, y solo deberían interesarme mis necesidades. No puedo interesarme en lo que quieren los demás. Ese es su problema”. Como todos los individuos, somos propensos a ser totalmente egocéntricos, lo cual es la raíz del conflicto.

Para pensar y hablar: ¿Qué conflicto está viendo en su vida actualmente? ¿Qué parte juega el egoísmo en esa disputa?

Lamentablemente, el conflicto invade las relaciones cristianas así como cualquier otra de las relaciones humanas. El conflicto surge entre nosotros de muchas maneras. Podrían ser fuertes desacuerdos, incluso rupturas públicas. O podrían ser conflictos leves, comportamientos como murmuración, difamación, habladurías, críticas, descrédito, etc. Cuando el personal de nuestro ministerio pregunta a las iglesias si experimentan conflictos, a veces dicen:

—No, en absoluto. No tenemos conflictos aquí.

—¿Alguna murmuración? —les preguntamos.

—Mucha murmuración —responden.

—¿Y qué tal con las habladurías? —les preguntamos.

Asienten con la cabeza.

Pronto comienzan a caer en la cuenta. Las personas pelean por el estilo de adoración, el diseño del edificio, el currículum y todo lo demás. Los cristianos

enfrentan el conflicto como todos los demás. Aunque vemos nuestra propia transgresión y disfunción, no sabemos cómo corregirnos.

Causas de conflictos

Aunque muchos conflictos producen resultados desastrosos, el conflicto no siempre es malo. Hasta los cristianos más maduros experimentan conflictos y pueden salir mejores de estos. En el Nuevo Testamento, leemos que surgían conflictos en la iglesia cristiana primitiva porque algunos se quejaban de que no se hacía una distribución justa de los alimentos (Hch. 6). Los apóstoles respondieron pronta y sabiamente, y convocaron una reunión a fin de dialogar al respecto y buscar una solución. El resultado fue que la congregación escogió siete hombres de confianza para supervisar la distribución de los alimentos. Los versículos 5 y 7 nos dicen: “Esta propuesta agradó a toda la asamblea... Y la palabra de Dios se difundía: el número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén, e incluso muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”. El conflicto, bien manejado, redundaba en beneficio.

La Biblia enseña que algunos conflictos provienen de la diversidad que Dios ha diseñado. Cada uno de nosotros es como una parte diferente del cuerpo humano, una analogía que Pablo usa en 1 Corintios 12:12-31. Cada uno de nosotros tiene un rol importante que cumplir; cada uno aporta diferentes perspectivas y dádivas a la vida. Esta diversidad que Dios ha diseñado da origen a diferencias naturales. Puesto que Dios nos ha creado como individuos únicos, todos tenemos opiniones, convicciones, deseos, perspectivas y prioridades diferentes. Si manejamos bien las

diferencias, estas pueden estimular el diálogo, la creatividad y el cambio, y hacer que la vida sea interesante. Muchas de nuestras diferencias no tienen que ver con lo correcto o incorrecto; son tan solo el resultado de estas preferencias personales que Dios ha diseñado.

Lo que Dios desea es unidad, no uniformidad. En vez de evitar todos los conflictos o exigir que los demás siempre estén de acuerdo con nosotros, podemos celebrar la variedad de la creación de Dios y aprender a aceptar y trabajar con personas que simplemente ven las cosas diferentes de nosotros. Unidad significa que somos de un mismo propósito, una misma mente, un mismo corazón. Uniformidad es ser una copia idéntica del otro; parecernos, pensar y actuar igual.

Otros conflictos surgen a raíz de simples malentendidos. No hay persona sobre la tierra que se exprese perfectamente, ya sea al hablar o escuchar. Infinidad de conflictos surgen cuando pensamos que hemos hablado y hemos sido claros —o que hemos escuchado y hemos entendido correctamente—; sin embargo, sacamos conclusiones equivocadas. Nuestra intolerancia e impaciencia dan lugar a malentendidos. Lamentablemente, como seres humanos caídos tendemos a resentirnos y presuponer lo peor. Dios quiere que pensemos lo mejor hasta que realmente sepamos lo contrario.

Aunque muchos conflictos son el resultado natural de simples malentendidos y la diversidad que Dios ha diseñado, *muchos otros conflictos son el resultado de actitudes y deseos pecaminosos que conducen a palabras y acciones pecaminosas.*

Todos decimos y hacemos cosas individualistas, egocéntricas, pecaminosas; y todas esas cosas provocan conflictos. Vuelva a pensar en Santiago 4:1-2:

“¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan dentro de ustedes mismos? Desean algo y no lo consiguen. Matan y sienten envidia, y no pueden obtener lo que quieren. Riñen y se hacen la guerra”. Este versículo nos brinda una importante revelación que veremos con mayor detalle en el capítulo 5. Pero por ahora deberíamos tomar conciencia de tres factores importantes:

- Las personas son diferentes y quieren cosas diferentes. *Muchas veces esta es la CHISPA del conflicto.*
- Las diferencias empeoran cuando el egoísmo y el orgullo pecaminosos incitan nuestras reacciones. *Esto es el COMBUSTIBLE del conflicto.*
- La destrucción se produce cuando no respondemos adecuadamente y permitimos que nuestros deseos pecaminosos continúen incitando nuestras palabras y acciones. *Esto es el FUEGO del conflicto.*

El problema no es donde comenzamos, sino donde terminamos. El problema no es que somos diferentes; es lo que hacemos con nuestros desacuerdos. Raras veces decidimos renunciar a nuestros derechos y resolver humildemente nuestras diferencias con los demás. En cambio preferimos decir: “Somos diferentes. Yo tengo razón. Tengo que ganar”.

chispa
combustible
fuego

Tenemos diferencias naturales; pero nuestra naturaleza pecaminosa es realmente lo que hace que el conflicto sea tan destructivo. Esto es lo que diferencia al proceso de pacificación bíblica de casi todos los métodos seculares para la resolución de los conflictos. Aunque estos métodos hablan de resolver las diferencias, pasan por alto totalmente los deseos pecaminosos que constituyen el combustible que vuelve explosivo el conflicto. El método secular para la resolución de los conflictos dice que las diferencias personales son algo sobre lo cual simplemente se puede hablar a fin de llegar a un acuerdo. No tiene en cuenta la revelación bíblica que enseña que a menudo los deseos pecaminosos provocan diferencias, que solo pueden resolverse mediante un cambio de corazón.

Nuestros deseos pecaminosos echan combustible al conflicto en maneras que probablemente nunca hayamos intentado comprender. Cuando queremos algo, pero no podemos obtenerlo, nuestros deseos insatisfechos pueden llegar a lo más profundo de nuestro corazón. Nuestros deseos se convierten en exigencias, algo que pecamos por obtener o pecamos si no lo podemos obtener. Nuestro corazón llega a ser controlado por nuestros deseos, gobernado por aquello que queremos o ansiamos, aquello que servimos o en lo cual confiamos, aquello de lo cual dependemos para nuestro bienestar. Lo que realmente ha sucedido es esto: Hemos convertido aquello que deseamos en un objeto de adoración. Hemos elevado nuestro deseo a la posición de un falso dios, lo que la Biblia llama un ídolo. No un ídolo de madera, piedra o metal, sino un deseo o antojo que controla nuestra vida.

La raíz pecaminosa del conflicto es realmente

idolatría. Como cristianos, sabemos que deberíamos querer lo que Dios quiere, pero cuando permitimos que un ídolo controle nuestro corazón, solo queremos lo que *nosotros* queremos. La única cura para la idolatría es mirar a Dios, devolverlo a su debido lugar en nuestra vida y decidir que queremos su voluntad para nosotros por encima de cualquier otro deseo.

Para pensar y hablar: ¿En qué momento de su vida pudo ver que un deseo llegó a ser un ídolo?

El mundo que nos rodea no nos ayuda a poner a Dios en el debido primer lugar de nuestra vida. Mientras estamos en conflicto, los mensajes que escuchamos bombean más y más combustible, y nos repiten lo que nuestra naturaleza pecaminosa ya nos está diciendo: “Te lo mereces”. “Defiende tus propios intereses”. “No te enojas, mejor véngate”. “Llama a un abogado”. Es difícil resistir estos mensajes. Como seres humanos, nuestra naturaleza dice: “Mi necesidad es la que manda”. Nuestro yo pecaminoso nos dice que tenemos el derecho a hacer lo que queremos, y difícilmente alguien nos dirá que velemos por el bienestar de otra persona. Nunca nadie nos dice que pensemos en los demás, sino que el mensaje es siempre “Piensa en ti mismo”. El incendio resultante puede envolver en llamas cada parte de la vida, y causar todo tipo de conflicto y dolor.

La buena noticia acerca del conflicto

Jesús dijo que nuestra respuesta al conflicto puede demostrar que somos sus discípulos. No mucho antes de su muerte, Jesús dijo a sus seguidores más cercanos:

“De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Jn. 13:35). Justo antes de que los soldados arrestaran a Jesús y se lo llevaran a la cruz, oró por los creyentes de todos los tiempos y todo lugar, y rogó: “Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí” (Jn. 17:23). Jesús está prediciendo que el mundo nunca conocerá la verdadera armonía separado de Él. El mundo estará en conflicto, como vemos en hogares, escuelas, oficinas o vecindarios. Sin embargo, nuestro amor como creyentes demostrará al mundo que somos cristianos. No solo eso, sino que nuestro amor los unos por los otros es una evidencia de Dios. Las personas que son testigos de nuestro amor ven el amor de Dios.

La buena noticia es que el conflicto no necesita arruinar nuestra vida. El gran tema de la Biblia es la reconciliación. Solo tenemos que leer unas cuatro páginas de la Biblia —aproximadamente quinientas palabras— para ver cómo la humanidad cae en pecado y experimenta la separación de Dios y los unos de los otros. Sin embargo, el resto de las Escrituras manifiesta el plan increíble de Dios para volver a atraer hacia Él a una raza humana que, deliberadamente, se apartó de Él.

El evangelio es tanto vertical, al traer reconciliación entre Dios y los seres humanos, como horizontal, al traer paz entre individuos y grupos de personas. Esta es la asombrosa esperanza del evangelio. De modo que no hay razón por la que los cristianos no puedan experimentar una total salud relacional entre ellos y, en cuanto dependa de ellos, con los no cristianos (Ro. 12:18). No tenemos que sufrir por relaciones

resquebrajadas. No tenemos que vivir de la manera que vive el mundo.

Para pensar y hablar: ¿Cuánta esperanza tienes de que Dios puede darte poder para resolver los conflictos? ¿Por qué tienes esa expectativa?

Cómo superar el conflicto

El conflicto no resuelto trae resultados trágicos. Cuando las personas tienen desacuerdos en el hogar o el trabajo, con las amistades o en la sala de un tribunal, muchas veces las relaciones se resquebrajan seriamente. El conflicto nos roba tiempo, energía, dinero y oportunidades. Cuando hacemos una pausa y nos damos cuenta de la naturaleza destructiva del conflicto, descubrimos cuán conveniente es realmente la paz.

Corlette y yo descubrimos que nuestro conflicto en cuanto a dónde comer era un síntoma de los deseos egoístas que a veces imperaban en nuestro corazón y afectaban a nuestro matrimonio. Cuando Dios nos convenció de nuestro pecado, confesamos que dejamos que nuestros deseos egoístas controlaran nuestro corazón, y resolvimos que encontraríamos nuestra total realización en Él. También le pedimos a Dios que reprogramara nuestro corazón para encontrar más gozo en agradarle a Él y servir a los demás, que en “salirnos con la nuestra”. Poco a poco, Dios cambió nuestro corazón y nos dio el poder de amar de maneras que pensamos que eran imposibles. Todavía estamos en el proceso de morir a nosotros mismos, amar a otros y practicar las técnicas de pacificación presentadas en la Biblia, pero con cada paso estamos encontrando más deleite en Dios y uno en el otro.

Para pensar y hablar: ¿Qué malos resultados ha visto del conflicto? ¿Qué buenos resultados podría disfrutar al procurar la paz?

Vale la pena hacer nuestro mayor esfuerzo por la paz. La Biblia nos dice: “Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). La palabra griega de este versículo que se traduce “esfuércense” significa luchar esmeradamente... seriamente... diligentemente. Es una palabra que un entrenador de gladiadores podría haber usado cuando enviaba a los hombres a pelear a muerte en el Coliseo: “¡Esfuércense para seguir con vida hoy!”. La paz es merecedora de un esfuerzo de vida o muerte. Si queremos entrar en toda la paz que Dios tiene para nosotros, tenemos que hacer nuestro mayor esfuerzo.

Es nuestro deseo que usted pueda encontrar la paz que todos deseamos tanto, a medida que lea las páginas de este libro, y conozca el designio divino para la verdadera pacificación.

LA ESPERANZA DEL EVANGELIO

*El poder transformador que puede
sanar sus relaciones*

Puesto que le quería dar un poco de seguridad extra a mi familia, llamé al cerrajero para que instalara un cerrojo de seguridad en la puerta principal. El cerrajero envió a un joven aprendiz para que hiciera la instalación mientras yo estaba en el trabajo. Cuando llegué a mi casa, me sorprendió lo mal que había hecho el trabajo. Había sacado más madera de lo debido del marco de la puerta y solo había tapado con masilla una parte del agujero. ¡Quedaba horrible!

No suelo perder la paciencia, pero aquella pésima mano de obra realmente tocó mi punto débil del perfeccionismo. Fui a la cerrajería. Adentro estaban el cerrajero detrás del mostrador y dos clientes que echaban un vistazo a las mercancías. Tenía al cerrajero acorralado. Si lo confrontaba delante de los clientes, él actuaría con sensatez para no perder clientes. No tendría otra salida que ceder inmediatamente.

Una estrategia muy poco inteligente... y pecaminosa. Me acerqué al mostrador y divulgué en voz alta que su aprendiz “había arruinado el marco de mi puerta”. En vez de tratar de calmarme, el cerrajero

me refutó con enojo y una postura defensiva. El abogado que llevo dentro se puso a nivel de la ocasión. Esos pobres espectadores presenciaron una terrible contienda verbal.

Cuando finalmente recobré la conciencia, me di cuenta de que me había hundido en un hoyo vergonzoso. Me fui hablando entre dientes, cada vez más avergonzado de lo que había hecho. Cuando llegué al auto, pude ver claramente mi pecado —unos diez minutos más tarde— y supe que necesitaba confesar mi error y perdonar el de él. Pero con una montaña de orgullo en mi corazón, eso parecía totalmente imposible.

Amor radical unos por otros

Pese a los conflictos que surgen todos los días, la Biblia presenta lo que parece ser una visión imposible para las relaciones. Considerando los pecadores que se destruyen unos a otros continuamente, Jesús dijo que los cristianos se distinguirían por su amor radical los unos por los otros. Como vimos anteriormente, Jesús dijo: “De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Jn. 13:35). Y oró: “Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí” (Jn. 17:23). Nuestra unidad nos ayudará a revelar incluso que Jesús es Dios (Jn. 17:21).

¿Por qué es tan distintivo el amor? Porque el mundo no sabe mucho sobre el amor. Un mundo gobernado por el pecado es un mundo gobernado por el yo, de modo que nadie podrá experimentar el verdadero amor separado de Cristo. Pero el evangelio transforma al cristiano. El amor, la armonía y la unidad han de llenar nuestra vida. Lamentablemente,

a menudo mostramos deficiencias en este aspecto, de modo que muchos nos identifican como cristianos no por cómo nos llevamos, sino por cuán divididos estamos. Cada vez que los cristianos se pelean, ya sea en el hogar, en la iglesia o en cualquier lugar, los demás observan y piensan: “No son diferentes a nosotros”.

Cuando Jesús nos presenta su visión de una vida en paz, podría parecer que esperara lo imposible de nosotros. Parece haber un abismo entre el problema del conflicto y su promesa de paz. En un mundo que solo sabe pelear, ¿cómo es posible la paz?

El evangelio hace posible la paz

El solo hecho de saber qué es lo correcto nunca produce paz. Todos sabemos que deberíamos amar. Todos sabemos que deberíamos renunciar a nuestros derechos. Pero parece demasiado irrealizable.

Nuestro problema no es saber qué es lo correcto, sino tener la fortaleza para hacerlo. Todos sabemos qué es tomar una determinación y no poder cumplirla. Prometemos esforzarnos más, pero fracasamos. Lo mismo sucede cuando tratamos de cumplir los mandamientos de Dios. Su ley es perfecta. Las instrucciones bíblicas son extraordinariamente provechosas. Pero no contienen el poder para obedecer. Como explica el apóstol Pablo, la ley en sí no tiene poder (Ro. 8:3). De modo que todas las herramientas y técnicas relacionales del mundo son absurdas sin una fuente de poder. Podría darle una lista de diez consejos infalibles para ser bueno, pero nunca harán de usted una mejor persona.

**El solo hecho de saber qué es lo
correcto nunca produce paz.**

Tenemos que admitir que no podemos obedecer los mandamientos de Dios en nuestras propias fuerzas. Aunque nuestra incapacidad es frustrante, tenemos esperanza; Dios nunca nos prometería amor y buenas relaciones sin darnos también la manera de lograrlos. Dios no nos dice: “De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros’, pero nunca lo lograrán porque son muy malos”. Ese no es el Dios que servimos. Él nos da la manera de lograrlo. Pero necesitamos entender qué es. Dios tiene una respuesta para nuestra incapacidad de vivir en paz. Su respuesta es el evangelio.

¿Qué es el evangelio?

El evangelio es el poder de Dios para la pacificación. Y si no entendemos el evangelio, no podemos acceder al poder de Dios. El evangelio es la increíble noticia de que Jesús murió en la cruz para pagar por nuestros pecados y rescatarnos de la separación eterna de Dios, y de que Él resucitó de la muerte para darnos vida nueva. Por medio de la fe en Jesús, nos reconciamos con Dios, fuimos adoptados en su familia y recibimos el poder para amar incluso a nuestros enemigos y la dádiva de disfrutar de Él para siempre. Colosenses 1:21-22 expresa magníficamente la incidencia que tiene el evangelio en las relaciones: “En otro tiempo ustedes, por su actitud y sus malas acciones, estaban alejados de Dios y eran sus enemigos. Pero ahora Dios, a fin de presentarlos santos, intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte”. Juan 3:16 plasma la sencillez del evangelio: “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”.

Creer en Jesús significa más que bautizarse, ir a la iglesia o tratar de ser una persona buena. Ninguna de estas actividades puede borrar los pecados que usted ya ha cometido y seguirá cometiendo a lo largo de su vida. Creer en Jesús significa, primero, admitir que usted es pecador y reconocer que, por medio de obras, no puede obtener la aprobación de Dios (Ro. 3:20; Ef. 2:8-9). Segundo, significa creer que Jesús pagó toda la pena por sus pecados cuando murió en la cruz (Is. 53:1-12; 1 P. 2:24-25). Creer en Jesús significa básicamente confiar que Él hizo un intercambio de antecedentes con usted cuando murió en la cruz; es decir, que Él se quedó con el historial de antecedentes de pecado de usted y pagó la pena total por ese historial, y que el historial de antecedentes perfecto de Él le abre paso a usted para tener paz con Dios.

Este evangelio nos da la dádiva de la vida eterna. Pero el evangelio es más que un boleto al cielo. No es solo para los incrédulos. Es para la vida diaria de cada creyente. Pero muchos cristianos tienen un “evangelio de dos puertas”. Pensamos en el evangelio como una puerta que atravesamos en la conversión. Estamos fuera de la familia de Dios, luego alguien nos predica las buenas nuevas del evangelio y el Espíritu Santo toca nuestro corazón para que entendamos. Vemos nuestra necesidad. Creemos en Cristo y entramos por la puerta al reino de Dios. Creemos y somos libres de la pena del pecado, que es el castigo eterno.

**El evangelio es más que
un boleto al cielo.**

Pero después —con demasiada frecuencia— tratamos el evangelio como un boleto de avión que

guardamos para usar en un futuro lejano. Después de haber entrado por una puerta, nos guardamos el evangelio en el bolsillo hasta que llegamos a la otra puerta. Y no sacamos el evangelio hasta que estamos en un hospital, y nos quedan pocos días de vida. Entonces, pacíficamente, les decimos a nuestros hijos: “No se preocupen. Yo sé que voy a ir al cielo, porque he creído en Jesús y el evangelio, y tengo esperanza de vida eterna”.

Sí, el evangelio nos es de gran consuelo frente a la muerte. Pero hay toda una vida que vivimos entre la primera y la segunda puerta. Si olvidamos que el evangelio es para el presente —para los pecados que nos asedian hoy, para las áreas en las que todavía queremos crecer, para las relaciones que están rotas— entonces nos estamos perdiendo el tesoro abundante que nos pertenece en Cristo. Hay un tesoro acumulado en el cielo para nosotros, pero Dios no quiere que lo reservemos solo para la eternidad, sino que lo aprovechemos cada día de nuestra vida aquí en la tierra, si tan solo extendemos nuestras manos y lo recibimos.

El poder transformador del evangelio

Nos estamos perdiendo los grandes planes de Dios para nuestra vida si pensamos en el evangelio solo como la llave para la vida eterna. Dios quiere que el evangelio transforme completamente cada área de nuestra vida diaria. Sí, el evangelio nos da vida eterna. Pero también nos hace nuevas criaturas con un nuevo propósito y poder maravillosos. La Biblia nos asegura que Dios comienza a hacer de nosotros personas nuevas en esta vida. En el presente. Hoy mismo. Pablo escribe: “Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado,

ha llegado ya lo nuevo! (2 Co. 5:17). Dios nos da este nuevo propósito y poder para que vivamos para Él las próximas veinticuatro horas. Nuevamente, Pablo escribe: “Y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado” (2 Co. 5:15).

Esta realidad no significa que Dios ya terminó conmigo. A través del evangelio puedo decir confiadamente que Dios me está transformando. No soy la persona que solía ser. Tengo un nuevo propósito. Sin embargo, desearía haber comenzado a actuar igual que Jesús tan pronto como creí en el evangelio. Preferiría no cometer más pecado de orgullo, egoísmo ni amargura. Pero la verdadera historia es esta: A través del evangelio comenzamos el proceso de llegar a ser más semejantes a Cristo. El Señor obra continuamente en nuestra vida para transformarnos a su imagen. Entre otras cosas, Él trabaja constantemente en nosotros para cambiar nuestra manera de manejar el conflicto.

La estrategia de Dios comienza con hacernos entender cuánta gracia tiene para con nosotros a través del evangelio de Jesucristo. Dios nos muestra una pródiga bondad aunque no lo merezcamos. El evangelio dice todo lo que Dios ha hecho por nosotros gracias a Jesús. Nos anuncia que somos personas nuevas gracias a Él. Y nos muestra las consecuencias de nuestra manera de vivir en el presente. Podemos ver esta dinámica a lo largo de todas las Escrituras, pero se explica claramente en uno de mis pasajes favoritos: Colosenses 3:12-15. Allí vemos que el evangelio transforma nuestro estilo de vida y nuestras relaciones. Como pueblo escogido por Dios, experimentamos vida nueva a través del evangelio:

“Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia, de modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto. Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo, a la cual fueron llamados en un solo cuerpo”.

Cuando leo este pasaje, mi tendencia natural es fijarme directamente en los “debería”. Inmediatamente hago una lista mental de todo lo que debería ser: compasivo, bondadoso, humilde, amable, paciente y mucho más. Luego trato de cumplir con esta instrucción, y me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Los mandamientos van más allá de mi capacidad.

Pero puedo usar una estrategia completamente diferente. En vez de comenzar con lo que yo debería hacer para Dios, puedo comenzar con lo que Dios ha hecho por mí. De este modo descubro que Dios me ha escogido y amado entrañablemente. Dios ha hecho todo eso por mí. Y estas verdades del evangelio redundan en un estilo de vida diferente. Me transforman para poder llegar a tener todas esas cualidades maravillosas. Por cuanto Dios es paciente conmigo, yo soy paciente con otros. Por cuanto Él me perdona, yo puedo perdonar. Por cuanto Él me ama, yo puedo amar y vivir en armonía con otros.

El poder vivo de Dios

Puede que comience a entender estas verdades del evangelio y piense: “Me sigue pareciendo impo-

sible”. Y tiene razón. Usted sabe que debería amar, pero no puede. Usted sabe que debería hacer estas u otras cosas, pero su buena voluntad y sus deseos no alcanzan. Lo que necesita es poder. Entender cuán bueno es Dios con nosotros por medio del evangelio de Jesucristo es solo el comienzo del cambio. El evangelio promueve la pacificación al inspirarnos y darnos poder para procurar la salud relacional que pensamos que no podríamos experimentar de este lado del cielo.

También necesitamos encontrarnos con el poder vivo del evangelio, Cristo en nosotros. No solamente lo que Dios ha hecho por nosotros, sino lo que Él está haciendo actualmente en nosotros. Jesús quiere habitar en todo nuestro ser, de modo que tanto nuestra mente como nuestro corazón —tanto nuestro entendimiento como nuestros deseos— sean transformados para ser como los de Jesús. El apóstol Pablo oró para que sus amigos de Éfeso experimentaran esta clase de poder transformador:

Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios (Ef. 3:16-19).

“Yo sé que debería hacer esto, pero no puedo...” es el clamor de cada cristiano sincero. Y en sus propias fuerzas, no puede. Pero puede clamar: “Dios, no

puedo hacer esto. Necesito tu fortaleza”. Usted puede orar: “Dios, sé que debería perdonar; pero a menos que hagas una obra en mi corazón, estoy perdido”. Y descubrirá que Dios responde estas oraciones. Él hace una obra de transformación espiritual en su vida. Él ablanda y toca su corazón, transforma sus deseos. Así es como usted experimenta el poder vivo del evangelio, Cristo en usted.

Una vida transformada

Cuando Dios le da el poder de tratar a los demás como Él le trata a usted, no hay una sola parte de su vida que no reciba la influencia del evangelio. Esta es solo una vislumbre:

- *Puede amar a sus enemigos.* Aunque usted estaba enemistado con Dios, Jesús murió para reconciliarle con Dios. De modo que puede imitarle y mostrar la misma clase de compasión inmerecida y amor sacrificial para con aquellos que le hacen daño (1 Jn. 3:16; Lc. 6:27-28).
- *Puede tomar la iniciativa para resolver el conflicto.* Usted todavía era pecador cuando Cristo murió por usted. De modo que puede dar el primer paso para buscar la reconciliación con cualquiera que le ofenda o tenga algo en su contra (Ro. 5:8; Mt. 5:23-24; 18:15).
- *Puede admitir sus propias faltas.* Por cuanto Jesús ya ha visto sus pecados en todos sus detalles y los cargó sobre Él, usted puede dejar de esconder sus pecados. Puede sacar sus pecados a la luz mediante la confesión, con la confianza de que hallará misericordia y limpieza a través de Cristo (1 Jn. 1:8-9).

- *Puede hacer del conflicto una oportunidad para testificar.* Su vida ya no le pertenece. Jesús la compró con su sangre y le hizo un embajador dedicado de lleno a la reconciliación. Por su gracia usted puede usar cada conflicto como una oportunidad de ejemplificar su amor reconciliador y alentar a otros a creer en Él (2 Co. 5:15-21).

Por medio del evangelio, el Señor le permite practicar los principios para la pacificación en cada momento de la vida.

Para pensar y hablar: ¿De qué manera transformó su vida el evangelio?

El poder para un cambio duradero

Puede que se pregunte si hay otra manera de experimentar la verdadera salud relacional. Pero cada cambio duradero que tiene lugar en nuestra vida viene de lo que Dios hace por nosotros en el evangelio. El escritor Tim Keller explica: “Todo cambio viene de profundizar su entendimiento de la salvación de Cristo y de manifestar los cambios que ese entendimiento ha hecho en su corazón. La fe en el evangelio reestructura nuestras motivaciones, nuestro entendimiento de nosotros mismos, nuestra identidad, nuestra perspectiva del mundo”.¹ Cuanto más conocemos y vivimos en el evangelio, con todas sus implicaciones, más somos transformados en pacificadores a semejanza de Cristo. Hay una manera sencilla de decir esto: “Dios me salvó al entregar a su Hijo para morir

¹ Timothy Keller, *The Prodigal God* (Nueva York: Dutton, 2008), p. 118.

por mí, y mostrarme que soy un hijo de Dios amado, perdonado y reconciliado. Por esto, amo, perdono y me reconcilio”.

Soy, en consecuencia, hago. Los teólogos hacen uso de términos gramaticales para resumir este principio. Dicen: “El indicativo precede al imperativo”. Lo que Dios ha hecho por mí (el indicativo) siempre viene antes de lo que debo hacer (el imperativo). Cuando entiendo y experimento lo que Dios ha hecho por mí, mi respuesta pasa de ser “debería hacer eso” a “puedo hacer eso”, y finalmente a “quiero hacer eso”. Si entiendo cuánto tengo en Cristo, el resultado es el deleite en la obediencia. Si realmente entiendo y disfruto todos los beneficios del evangelio, los mandamientos no son una lista gravosa de leyes, sino un deleite.

El evangelio que transforma mi vida

Ese trabajo de cerrajería mediocre me recordó por qué necesito el evangelio. ¿Recuerda al cerrajero que traté mal? Me quedé en el estacionamiento de la cerrajería por varios minutos luchando con mi culpa. Sabía que debía regresar a la tienda y admitir que me había equivocado. Pero el orgullo y la vergüenza me paralizaban.

De modo que comencé a orar. “Señor, soy el hipócrita más grande del mundo. Yo sé lo que quieres que haga, pero no puedo regresar allí. ¡Por favor, ayúdame!”.

Dios llevó mis pensamientos a cosas superiores. Me trajo a la mente la asombrosa gracia del evangelio. Dios ya ha perdonado todos mis pecados —mis pecados infinitos— al cargarlos sobre su propio Hijo y darme su historial de antecedentes intachable. ¡Soy

perdonado en Cristo! No necesito ponerme una máscara farisaica. Y no debo negar a los demás el perdón que Dios me ha prodigado.

Cuanto más oraba y pensaba en lo que Jesús hizo por mí, más se vaciaba de orgullo y fariseísmo mi corazón, y se llenaba del deseo y la capacidad de vivir el evangelio. Cuando fui a la cerrajería, mi conversación con el cerrajero no pudo haber sido más diferente a la de nuestro primer intercambio de palabras. El evangelio me permitió confesar cuán equivocado estaba. Su corazón se ablandó rápidamente, y nos reconciamos. Cuando inesperadamente visitó mi iglesia una semana más tarde, fue el evangelio el que nos permitió sonreír con complicidad y celebrar el perdón que ambos recibimos a través de Cristo.

Cuando recibimos la misericordia de Dios en abundancia, no puede hacer otra cosa que salir a raudales. Así es como el evangelio transforma las relaciones. Cuando valoramos y aceptamos el evangelio por completo, este se desborda. Es el poder de Dios para la pacificación.

Cuando valoramos y aceptamos el evangelio
por completo, este se desborda. Es
el poder de Dios para la pacificación.